



MÍ ESTRELLAS FUGACES

Geraldine de Santis

Cubierta de **Nathalie Ramírez**

**MIT
ESTRELLAS
FUGACES**

Geraldine de Santis

Cubierta de Nathalie Ramírez

Esta es una obra de ficción inspirada en eventos, anécdotas y personas de la vida real. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos de esta obra son o bien producto de la creación literaria o han sido utilizados de manera ficticia por la autora.

«Mil estrellas fugaces»

1era edición diciembre 2021

ISBN: 978-9945-80-808-7

Copyright del texto ©Geraldine de Santis, 2021

Ilustración de la cubierta por Nathalie Ramírez

Revisión y corrección literaria de Ruth Herrera Montero

Diagramación y diseño gráfico: María Renata de Santis

Revisión histórica: Rosanna Vargas Rivera

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de los contenidos de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en Santo Domingo, República Dominicana

**Para Olga y Delmia,
abuelas de mis sueños.**

In Memoriam

MIT
ESTRELLAS
FUGACES

Geraldine de Santis

Mil estrellas fugaces

«Emigré al paraíso del Caribe.
Caminé un camino zarzoso de sufrimiento.
Cuando miro atrás para recordar aquellos tiempos lejanos
no queda ni un rastro. El tiempo ha cambiado.
Cincuenta años como estrella fugaz».

~ Kii Yamaki, 1970

1.

Tanemaki («Sembrador»)

Sábado 1 de marzo, 1958

Yokohama, Japón

Mi papá es mago. Pero no cualquier tipo de mago. No es de los que enseñan malabares con espadas voladoras y sacan conejos de largas chisteras, o de los que hacen aparecer y desaparecer barajas o monedas que de forma incomprensible salen de debajo de sus mangas. No. Papá hace otro tipo de magia; eso sí, también usando las manos.

Con los trucos que aprendió de sus ancestros, abre surcos en la tierra, aunque esté pedregosa o congelada, para luego interpretar el lenguaje secreto de los vientos del norte, sus aullidos y susurros, y esparcir semillas que no muy tarde serán forestas tan extensas como verdes océanos, que se elevarán al seguir la fuerza de su empeño..., aunque en sus dedos hayan sido inofensivas semillas tan minúsculas como granos de arena.

Mi papá es sembrador.
Por eso mi papá es mago.



HOGAR

Dentro de mi hogar
hay un estante lleno de libros.
En los libros encuentro personajes
grandes, pequeños, reales o inventados;
muchos se parecen a mí y a ti,
como en nosotros, hay un universo contenido.
Qué curioso, si lo pienso:
en lo chiquito, lo inmenso.

Koji

2.

Sankeien («El jardín de Las Tres Cañadas»)

Tarde del viernes 28 de marzo, 1958

Yokohama, Japón

Nací hace poco más de doce años en la mañana del mismo día en que el bombardeo a esta ciudad casi la arrasa por completo. Poco tiempo después de mi madre haberme traído al mundo me asignaron el nombre que tenían destinado para mí: Hiroki, que significa brillante luz, pero que también quiere decir árbol; un nombre que me hace vivaz como el fuego, aunque cauteloso como las ramas que buscan del sol si las nubes intentan ocultar su brillo, igual que cuando ocurre el *komorebi*, el baile de la luz entre las hojas tiernas.

Mamá suele decir que soy una especie de milagro porque mientras atardecía ese día, al tiempo que me amamantaba y vigilaba que mis hermanas no fueran a parar al mar justo detrás de nuestro patio, con sus juegos y correteos, repentinamente se escuchó un estruendo tan intenso que en cuestión de segundos fulminó casi toda la ciudad y el vecindario. Fuego por doquier.

El cruel ataque aéreo llegó de sorpresa y, sin explicación lógica, su furia esquivó nuestra casa, permitiéndonos a los cuatro recorrer el corto espacio que nos separaba del mar; yo en los brazos de mi madre y mis hermanas detrás nuestro, como inseparables vagones de tren en fuga. Afortunadamente, la marea estaba bajita y los bloques del rompeolas disiparon el miedo y la insoportable temperatura de lo que se había

convertido en un infierno en lugar de ciudad. Impotentes, quedamos ahí sin poder evitar que desapareciera nuestro vecindario que se consumía entre las llamas.

—Las llamaradas eran tan altas que lamían la casa de los ancestros, el cielo estrellado. Tardamos dos días completos para lograr apagarlas del todo —contaba el abuelo, con tristeza en la mirada.

Por supuesto, no recuerdo nada de ese día, era apenas un bebé, pero las noches en que tengo pesadillas, extrañamente en mis sueños veo a un niño rodeado de llamaradas que gime a todo pulmón: «¡Sálvenme, ayúdenme!», y me despierto sobresaltado solo para verificar que nada en mi casa se está quemando. No sé quién es ese niño, pero en el mundo de los sueños me parece conocerlo y nunca logro ayudarlo. Ese sueño siempre me hace sentir triste.

Precisamente por hablar de esas pesadillas conocí a mi mejor amigo, Koji. Acabábamos de cumplir nueve años cuando caminamos junto a otros vecinos para salir a contar estrellas fugaces. En un momento en que los adultos hablaban entre ellos, también nosotros conversábamos sobre los últimos malos sueños que habíamos tenido.

—En los míos, un enjambre de avispas me persigue sin cesar por todo el vecindario —me confesó.

—¡Qué mal! —comenté.

—...hasta que, desesperado y sin saber qué hacer, decido lanzarme al mar solo para darme cuenta de que...¡Nunca

aprendí a nadar!—finalizó mi nuevo amigo con rostro frustrado.

Ahora, cada vez que me cuenta esa pesadilla, luce tan angustiado que suelo inventarme un juego rápidamente para sacarlo de su preocupación, pero ese anochecer, cuando le conté sobre mis sueños recurrentes con el niño rodeado de llamas, noté que se apenó tanto que decidí no seguir contándole, no fuera a ser que los malos sueños sean contagiosos y entonces fuésemos dos soñando horrores. Aunque preferiría tener las suyas de pesadillas en las que al menos, al despertar, se sabe que no ocurrieron en realidad.

Con el pasar del tiempo, cuando nuestra ciudad se recuperaba y nosotros cumplíamos más edad, Koji y yo nos dedicamos a explorar los bosques y las colinas de nuestra zona para darnos baños forestales, *shinrin-yoku*. En una de esas aventuras, hace unos meses encontramos unos túneles en la periferia del barrio, tapados por la vegetación, y empezamos a levantar los helechos. Una superficie herrumbrosa y oscura apareció debajo. Entonces descubrimos un pasadizo que llevaba de un lugar a otro: ¡del mundo de afuera al mundo secreto! Emocionados, pero con cautela, decidimos atravesarlo, imaginando que éramos dos exploradores en busca de alguna maravilla por descubrir.

A medida que nos adentrábamos en el túnel, la oscuridad y el olor a humedad me hicieron pensar en cosas asquerosas y resbalosas, pero el decidido Koji no paraba de hacer preguntas mientras avanzábamos a tientas:

—¿Sabías que en estos mismos túneles se refugiaron nuestros padres durante la guerra? —Mi amigo siempre sabía cosas

sobre el pasado y también se contestaba sus preguntas sobre esos asuntos antes de que yo pudiera hacerlo—. Me lo contó mi *o bāchan*, la abuela.

Cuando llegábamos a la salida del túnel, gracias a la luz, se vislumbró una escritura en la pared que captó mi mirada. Estaba hecha con algo que parecía barro tan oscuro como el lodo que pisábamos: «¡Nunca te rindas!», decía, pero un viernes de vacaciones yo no estaba muy interesado en saber de refugios ni de guerras. A mí lo que me emocionaba eran nuestras aventuras en el vecindario, descubrir lo que había al final de cada túnel, encontrar un nuevo bosque donde correr sin que nadie estuviese controlando la velocidad de mis piernas. Por eso, cuando detectamos la entrada secreta hacia los jardines Sankeien, de Las Tres Cañadas, que se convirtió en mi lugar preferido en el mundo entero, me alegré tanto que eché a correr hacia donde está la laguna grande y el pobre Koji no tuvo más remedio que correr detrás mío.

¡Qué sorpresa nos llevamos al constatar que habíamos entrado al jardín prohibido! Llenas de lilas del color de los salmones, las aguas del estanque estaban serenas y transparentes. Emocionado, saqué un poco de galleta de avena de mi bolsillo y la desmigajé, echándola frente a nosotros. Hambriento, el cardumen nadó desde el fondo de la laguna hacia la orilla donde estábamos, chisporroteando agua en nuestras caras al acercarse. Las carpas, cangrejos y renacuajos desaparecieron de nuestra vista después de devorar las migajas de avena. Me percaté de la decepción con que Koji me miraba:

—Hiroki, no puedo creer lo que ven mis ojos: ¿compartes la poca comida que tenemos con los peces? ¿Con la escasez de comida que hay en la ciudad? ¿Conozco gente que quisiera

comer, aunque fuera esas migajas!

Quizás tenía razón mi amigo. No me detuve a preguntarle antes de echar las hojuelas qué opinaba, pero sabía que, aunque en la ciudad malcomíamos la gran mayoría de los habitantes, la verdad es que las galletas estaban tan duras que nos quebrarían los dientes. Y con toda honestidad, yo estaba harto de repetir avena y auyama todos los días. El alimento escaseaba.

—¿Y no te parece que los animales también pasan hambre después de las guerras? —le contesté.

Koji me miró sin demasiado convencimiento.

—Olvidalo, eres un caso perdido —se dio por vencido, mirando hacia la pagoda cerca de la colina. El mar dibujaba su línea azul entre el cielo y el jardín.

Seguí paseando mi mirada por la belleza del jardín: los exquisitos tonos de la primavera, el follaje de los cerezos en flor, el aroma de las azaleas y los arces, y todo el verdor que volvió casi sagrado ese momento. Tanto así que, por apreciar unos minutos más la majestuosa pagoda de tres niveles y las cautivantes casas de té, estaba dispuesto a enfrentar las fuertes reprimendas de mi padre, en caso de que llegara a enterarse de que nos habíamos aventurado no solo a explorar el jardín, sino a recorrerlo casi en su totalidad sin permiso de las autoridades, pues estaba clausurado desde el último bombardeo.

Antes de entrar al túnel para regresar a tiempo a casa, vi que

detrás de la pagoda, cerca de los escarpados acantilados donde rompían las olas furiosas, un letrero decía: «Piénsalo bien antes de hacerlo». Estaba firmado por el Departamento de Rescate, por lo que esos letreros eran como consejeros silenciosos que evitaban que la gente hiciera lo que el señor Yuto hizo el año pasado y de lo que aún hoy mis padres se niegan a hablar. En eso iba pensando cuando entramos al largo túnel en silencio, pero a paso acelerado.

A la salida del pasadizo, con una actitud bastante extraña, nos encontramos a un anciano vendedor de batatas picantes que miraba a su alrededor como si buscara algo. Al vernos, rápidamente nos rodeó y con una rama del árbol de ginkgo, nos pegó en los traseros, por fortuna sin demasiada fuerza:

—¡Ay! ¡¿Por qué hace eso, señor?! ¡No nos pegue! —protesté, enojado.

El hombre se detuvo frente a nosotros y bajando la voz nos advirtió:

—Tengan cuidado cuando visiten en ese jardín. Ahí dentro hay tejones y zorros que se divierten transformándose en humanos y engañando a los visitantes.

Koji estalló en una carcajada, pero el vendedor oteó subrepticamente a ambos lados antes de continuar:

—Revisenles las colas, así sabrán si son bestias y se ahorrarán un gran desengaño. —aseguró.

Koji y yo nos miramos incrédulos. ¿Acaso el fuego también había arrasado el juicio de ese pobre vendedor de batatas?



AMIGO

¿Qué es un verdadero amigo?
Hermandad que eliges por ti mismo.
Chispazo de aventuras y risas.
Carrera para no llegar tarde a casa.
Sueño compartido en el receso.
Paseo conmigo mismo en la mejor compañía.
Un verdadero amigo eres tú, pero eso ya lo sabías.

Koji

3.

Guntō («Archipiélagos»)

Anochecer del viernes 28 de marzo, 1958

Yokohama, Japón

Con frecuencia en el barrio aparecen algunas personas verdaderamente extrañas. Además del vendedor de víveres desquiciado con el que nos topamos a la salida del Jardín de las Tres Cañadas, está Michiko, una señora despeinada y media cegata, quien de buenas a primeras suele anunciar que nos deleitará con su talento musical, y acto seguido les pide a los presentes que se sienten cerca para ver el espectáculo. Cuando estamos todos listos y atentos, empieza a cantar tan desafinadamente que pareciera que nuestros tímpanos se dañarían de manera permanente. Ella está convencida de que sabe cantar.

Con frecuencia también nos topamos con Tanaka, el vendedor de onigiris, deliciosos pasteles de arroz, hombre de largos y oscuros bigotes que como un escultor dedicado hace miles de formas y figuras con los bocadillos antes de dárnoslos a comer. Y por supuesto, no puedo dejar de mencionar a Riku, el «hombre de los tallarines», que se la pasaba girando por las calles, anunciándose entre las casas con sus poco melódicos bocinazos lanzados desde el viejo triciclo destartalado... sí, mi vecindario es algo así como un país en miniatura habitado por gente muy, pero muy extravagante.

Aquella tarde, al llegar a casa, en lugar de mis padres, a quienes encontré esperándome fue a mis hermanas Himari

y Sakura, que regaban las azaleas. A juzgar por la expresión de sus rostros, no parecían estar ni tranquilas, ni de buen ánimo. Me miraron con aprehensión y callaron a medida que me acercaba. Cuando estuve casi seguro de que se habrían enterado de mis andanzas por el jardín prohibido de Las Tres Cañadas, y de que esta vez realmente me había metido en problemas, pues indiscretos era lo que más fácil se encontraba en la vecindad, de todas formas decidí arriesgar mi suerte saludándolas como si nada:

—*Konnichiwa*, hermanitas, buenas tardes! —saludé, con mi mejor cara de inocente, y sin atreverme a alzar la mirada no fueran a delatarme mis ojos.

Para mi sorpresa, Himari y Sakura no parecían estar esperándome, sino que continuaron susurrando entre ellas, sus voces casi imperceptibles entre el dulce repicar de las campanas de viento, el murmullo de las olas rompiendo detrás de nuestro patio, los llantos de las gaviotas, el canto esperanzado del vendedor de peces de colores que repetía «¡*Kīngyo*, *kingyo!*» y los tristes silbidos de los barcos de vapor que atravesaban el horizonte al anochecer.

Crucé la puerta e hice creer que había seguido de largo hacia el interior, pero giré y me detuve apenas entré, ocultándome detrás del biombo cerca de la entrada. Afiné los oídos y cerré los ojos para escuchar mejor, mientras deslizaba lenta y silenciosamente mis sandalias para dejarlos en su lugar cerca de la puerta.

—Me niego a creerlo, Sakuro. Si no podremos asistir al festival este verano, ¿para qué practicamos tanto la danza durante

todas estas semanas? –se lamentaba Himari–. Esto no me gusta para nada.

Me puse las sandalias de interior sin que todavía se percataran de mi cercanía.

–Nuestros ancestros no estarán contentos. No estaremos para celebrar el *bon odori* –siguió Himari. La música del arpa de nuestra abuela se agregó al lamento de mis hermanas.

Cada año ellas participaban del *bon odori* y yo del *koi nobori*, los festivales de verano. Aunque tal vez tenían razón, siempre las consideré unas caprichosas que vivían quejándose, especialmente Sakuro, la más pequeña, que desde que cumplió ocho años cree que es grande. Himari tiene diez.

Mamá llamó a la mesa y el arpa de la abuela se detuvo abruptamente. Abrí los ojos del susto y, antes de que ellas notaran mi intromisión secreta, aceleré el pasó hacia adentro haciendo como si no hubiese escuchado nada. Al acercarnos a la mesa, papá lucía pensativo y mamá estaba más silenciosa de lo habitual. Solo la abuela se comportaba como siempre en una noche que únicamente auguraba quejas y caras largas.

Mis hermanas se sentaron en silencio mientras mamá servía la cena, por enésima ocasión: sopa de auyama con copos de avena, que me tomé tan rápido que ni me percaté de haberle echado algo de comer a mi estómago. Tal vez Koji tenía razón y no debí darle la galleta de avena que me quedaba a los peces del estanque.

Mirando a mamá, papá afirmó:

—Entonces tenemos poco más de un mes para recoger todo y mandar a la abuela a casa del tío Ichiro, su hermano que vive en Kyoto.

Mamá asintió con la cabeza, mas no con su voz. Entristecidas, mis hermanas miraban pensativas sus respectivos platos. La sorpresa salió de mis labios antes de que pudiera frenarla:

—¿Para recoger todo, papá? No comprendo... ¿Cómo así? ¿Nos mudamos? —pregunté confundido. Comenzaba a entender la actitud que mis hermanitas mostraron un rato antes.

Papá tardó unos segundos en contestar. Dio un sorbo a su tazón y me miró con serenidad, pero con decisión. Entonces me respondió con algo que cambió mi mundo para siempre. Algo completamente inesperado:

—Sí, nos mudamos de esta casa.

Todas se miraron entre ellas sin expresión alguna en sus rostros.

—¿Y dónde estará nuestro nuevo hogar? —quise saber. Esperando que me dijera que cerca de la casa de Koji, pues me hacía mucha ilusión irnos más a menudo a explorar la ciudad, me pasó inadvertida la ingenuidad de mi pregunta hasta que mis hermanas comenzaron a llorar.

—En el Caribe, Hiroki. Nos iremos a vivir a las Antillas, hijo.

Y de repente, la sopa de auyama se volvió un mar desconocido

y los copos de avena un puñado de islas que alguien había esparcido entre sus aguas inquietas. Entonces, también yo entristecí y, sin poder evitarlo, las lágrimas rodaron por mis mejillas como había visto al rocío hacer sobre las hojas del amanecer.



FAMILIA

Una familia como una constelación.
Sol cálido alrededor del cual girar
a la hora del desayuno;
rayo de luz que recorre todas las distancias
echando fuera el frío y la soledad.
Órbita segura para abandonar todos los miedos.
Historia interminable de ancestros
igual que mil estrellas fugaces,
que se veneran como protectores
en los cielos, en la tierra,
en los mares y en los ríos.
Siempre cerca y revueltos como material interestelar.
Estrella enana dentro de la galaxia que es nuestra ciudad.
Una familia, la mía, la de la humanidad.

Koji

4.

Yakusoku («Promesas»)

Juro que fue por casualidad que lo encontré a la mañana siguiente de que nos diera la noticia. No fue mi intención husmear entre las cosas de papá, sino que apareció ahí en el suelo, cerca del comedor de donde parecía haberse deslizado, tal vez cuando la abuela abrió alguna ventana. O quizás alguien lo dejó allí a propósito para que nos enterásemos de los detalles, sin tener que dar demasiadas explicaciones, para que entendiésemos que la idea de abandonar Japón, más que un pensamiento, se había convertido en una inminente realidad.

Confeccionado en papel ligero como una pluma, impreso a blanco y negro como un día nublado, la hoja en el suelo se reveló como un folleto publicitario en el que las palabras invitaban a seguir leyendo, para conocer las ventajas de emigrar hacia un país de nombre muy largo y tamaño muy corto, un país que quedaba en la región que papá había mencionado la noche anterior mientras cenábamos; un país mitad isla que a la vez estaba rodeado de muchas otras islas, un país completamente nuevo para mis oídos: la República Dominicana. Con aprehensión, pero sin poder evitar que mis ojos siguieran las sugerencias de las palabras, el anuncio proponía fantásticas soluciones para las familias japonesas que quisieran emigrar:

- Costos de viaje gratuitos
- Una vivienda amueblada
- 300 tareas de tierra fértil
- Herramientas de labranza o de pesca
- Salario mínimo garantizado
- Comunidad con otros japoneses

En fin, que todo sonaba muy bien. Más que bien, parecía un sueño hecho a la medida de nuestra familia, aunque algo en mi interior me recordó aquella vez cuando yo casi cumplía seis años, en la que, de buenas a primeras, tuvimos que ir donde la tía Keiko y a mitad del camino me cansé. A cada una de mis preguntas de cuándo llegaríamos, mis padres contestaban que pronto, y así estuvimos caminando casi dos horas ininterrumpidas.

De alguna manera me pareció que lo mismo sucedería a partir de esa mañana, leyendo ese panfleto: la tal República Dominicana, con sus lejanas promesas de papel y de bonanza segura, no podía ser mejor que mi presente, que mi barrio, que mis vecinos, que mis amigos de la escuela o, incluso, que mi mismo país que aún no superaba las secuelas de la guerra. De alguna manera, sentí que mis padres decían sí, pero mi mente decía no a cualquier cambio. Una mano tibia se posó sobre mi hombro:

—*Ichigo ichie*, es decir, esta es una oportunidad única en la vida —susurró papá, tomando el papel con delicadeza y guardándolo en el bolsillo de su camisa, para luego desaparecer por el pasillo.

Estaba decidido. Solo el tiempo daría la razón a mi corazonada, porque a papá no hubo forma de quitarle la idea de que mudarnos a las Antillas era la solución a nuestra pobreza. Con cada día que pasaba, mamá empacaba lo poco que teníamos y regalaba a los vecinos lo que no podíamos llevar a nuestra nueva vida. Era evidente: habíamos emprendido la fuga sin siquiera salir de la casa.



ESCUELA

La escuela es una semilla,
es crecimiento y potencial.

El aula es un tronco,
es protección y fortaleza.

Nuestro maestro es árbol,
es lección y cobijo.

Mi cuaderno es una flor,
es historia y presencia.

Un compañero de escuela es raíz,
conoce de qué madera estás hecho.

Koji

5.

Shuugyoubi («Último día de clases»)

Viernes 2 de mayo, 1958

Yokohama, Japón

No siempre logro comprender de inmediato todo lo que significa una frase, una mirada, una conversación entre hermanas, el silencio obtuso de un amigo... pero, no quiero ser malinterpretado. Mis oídos no son necesariamente más pequeños que los de los demás. Tampoco es porque funcionen mal o haya nacido sordo o perdido la audición, como le ocurrió a la tía abuela Amaya, después de los bombardeos. Es que simplemente a menudo tardo para entender lo que en mi vida anunciaron las palabras.

Hoy, en el último día de escuela, cuando el *kyouyu* Fumihiro, nuestro profesor, bajó del estante el enorme globo terráqueo, celeste como el kimono de verano de mamá, cuando lo asió y como si nada me pidió que me pusiera de pie a su lado, como si fuera a hacer un simple interrogatorio de Geografía, y en lugar de eso lo colocó sobre su escritorio y apuntó con su índice hacia un archipiélago rugoso y verde, creo haber entendido las palabras de mis hermanas aquella noche. Ante toda la clase, con la claridad de una voz que no admitía dudas, el profesor Fumihiro explicó:

—Justo aquí se irá a vivir Hiroki.

Me acerqué para leer bien el nombre de una isla diminuta, con forma extraña, que estaba ubicada en el mismo medio de

las Antillas Mayores.

–La Hispaniola... –leí sin demasiado convencimiento.

Todos miraron admirados el punto que está del otro lado del mundo, ese lugar al que mi padre había decidido llevarnos, esa tierra que –según entendí– necesitaba de la magia de sus manos y de la de otros sembradores para prosperar, del esfuerzo de los brazos de pescadores dedicados y de decenas más de familias dispuestas a trabajar en un continente lejano a cambio de un nuevo comienzo.

Todos, menos Koji, miraron asombrados la isleta por la que dejaríamos la nuestra, mucho más grande, con una historia milenaria. A decir verdad, desde el momento en que le informé de nuestros planes de marcharnos, él no ha vuelto a alzar la mirada.

–Será solo por unos años, luego volveremos –le había explicado a mi amigo un rato antes. Al menos, eso me habían dicho mis padres.

Entonces el maestro pidió a toda la clase:

–Despidamos a Hiroki para que él y su familia tengan un futuro venturoso.

Cuando vi a todos mis compañeros de clase inclinarse hacia mí y permanecer unos instantes en actitud reflexiva, una súbita conmoción me estremeció, y lo entendí perfectamente. Como un rayo o un bombardeo, comprendí todo lo que significa una frase, una conversación entre hermanas, el silencio obtuso de

un amigo, una mirada nostálgica. Entonces sentí que por última vez vería a Koji, que jamás volvería a pisar ese salón de clases con esos amigos y ese maestro; que no habría más túneles que descubrir ni jardines secretos por explorar, ni personajes extraños de los cuales esconderme, ni anocheceres entre vecinos para contar estrellas fugaces...

Y supe que mi vida tal y como la conocía hasta ese momento jamás sería la misma. Supe que el frío que sentí cortarme las piernas tardaría mucho tiempo en abandonarlas. Entonces fui yo quien no se animó a subir la mirada. Pasarían muchos, muchos días antes de que pudiera volver a sonreír como hasta ahora y de que la ausencia de mi mundo conocido, amado, no me hiciera sentir como en otro planeta. Aunque sin saberlo, exactamente eso sería el Caribe: otro planeta.



Somos de la isla del sol naciente,
conocedores del silencio al atardecer
portadores de ojos rasgados,
como sonrisas al revés;
hacedores de té caliente
para aliviar corazones abatidos.
Somos del país imperial que se restaura
tras cada guerra cruel,
ciudadanos del día universal:
Japón, Nippon, Nihon, nuestro país.
Dondequiera que vayamos, siempre seremos de aquí.

Koji

6.

Torēningu («Adiestramiento»)

Lunes 21 de abril al domingo 3 de mayo, 1958

Yokohama

Unas dos semanas antes del viaje al archipiélago del Caribe nos enviaron al Centro de Servicios de Emigración junto a las demás familias viajeras. El director nos reunió en un espacioso salón iluminado por un alto techo transparente para introducir sus palabras:

–Hoy comienza su adiestramiento para que su travesía sea más llevadera.

Todos en la sala lo observaban sin perderse una palabra y algunos de los viajeros anotaban en sus libretas los datos que les resultaban más interesantes. Mis padres no apuntaban nada porque siempre habían opinado que simplemente al escuchar con atención uno se recordaría de lo que ha escuchado. El director siguió su presentación:

–Les entregaremos un folleto con las informaciones básicas sobre el idioma, la historia y el clima de la isla para que estén mejor preparados a su llegada.

¿Mejor preparados? Eso había dicho él, pero a mí me parecía que por más informaciones que dieran en el Centro, había un tema no mencionado por ninguna parte y que era el que más me interesaba: «Cómo dejar tu vida tal y como la conoces desde que naciste sin que te duela», debía llamarse el curso

de adiestramiento. Pero no. Nadie parecía haberlo tomado en cuenta y me quedé durante los próximos días con la sensación de que muchas veces los adultos imparten sabiduría para todo, menos para comprender y calmar el sufrimiento.

Después del almuerzo, cuando descansaba un poco en la pequeña biblioteca del Centro, encontré un libro de poemas y uno de ellos me llamó la atención. Leía:

«Visto hoy ligero para viajar a un mundo desconocido».
~ Ono no Michikaze

De alguna extraña manera, el poeta y yo nos comprendíamos perfectamente bien. A pocos días del adiós a mi cultura, a mis tradiciones y vecindario, así mismo me sentía. Supongo que a su manera, cada una de las personas que estaba ahí se sentía un poco como yo, y como él, frente a la incertidumbre de una nueva vida en otro continente.

Uno detrás de otro, los días pasaron entre charlas, lecturas y explicaciones que se supone servirían para ayudar a conocer más el lugar al que íbamos. Sin embargo, al cabo de poco menos de dos semanas, cuando nos llamaron para tomar la foto de grupo, nos vestimos lo más elegantes que pudimos y nos sentamos como una gran familia en bancos de distintas alturas en el jardín, no me sentí particularmente listo para partir.

A los más jóvenes nos sentaron al frente, en el banco más bajo, luego iban nuestras madres y al final los papás y tíos, formando una escalera humana. Cuando el fotógrafo presionó el botón de la cámara esa tarde antes de nuestro viaje solo un

pensamiento me llegó a la mente:

«Esta es la última vez que estaremos todos juntos en familia, en nuestra tierra». Y en mi interior se abrió un precipicio del que no alcancé a ver el fondo.



DISCULPAS

No me gustan las despedidas,
se me hace muy difícil decir adiós,
un hasta luego hubiese sido más simple.
Por eso aquí te envió una disculpa y algunos consejos
que espero te sirvan para el presente y el futuro.
Abre bien los ojos y el corazón
para que no te pierdas ninguno.
Perdón por no haber tenido la fuerza
de despedirme de ti, mi mejor amigo.

Koji

7.

Owakare («Despedida»)

Lunes 4 de mayo, 1958

Yokohama, Japón

No era la primera vez que tomábamos el tranvía hacia el puerto como familia, pero sí la última en que lo haríamos juntos.

Afuera, en los acantilados teñidos de ocre, cinco niños huérfanos rescataban latas con restos de alimentos de los basureros. Una de las niñas extendió sus manos hacia la ventana por la que nos asomábamos para pedirnos ayuda, pero el vagón no se detenía con un simple movimiento de mi pie como lo hacían las bicicletas, y atrás quedó ella junto a mis enormes deseos de hacer algo para ayudarla y a los demás. Yo sabía perfectamente qué significaba tener hambre, aunque nunca había tenido que rebuscar comida en los basureros.

A medida que el tranvía avanzaba, miles y miles de casas arruinadas por los bombardeos pasaban veloces ante nuestros ojos, como imágenes siempre huidizas de las películas. No así las casas de los estadounidenses que, pintadas de colores pasteles, estaban rodeadas de verjas coronadas por alambres de púas, disuadiendo la curiosidad de quien sea que pretendiera fisgonear en el oasis de los americanos.

Recordé a mi amigo y pensé que nada podía detenerlo, ya que siempre hallaba la manera de averiguar hasta el más mínimo detalle sobre los extranjeros que vivían ahí dentro. Él fue quien

me contó que detrás de las verjas había de todo: calles bien pavimentadas, un gran cine, una bolera en la que también sonaban canciones de un tal Elvis Presley, que gustaba mucho a los jóvenes de su país, y hasta una cancha de tenis.

El día en que se me ocurrió preguntarle a papá que si teníamos algún amigo allí que nos dejara entrar, solo me contestó:

—Mi único amigo es el campo: sus hortalizas, flores y frutas, Hiroki. A mí, háblame de la tierra. Lo que sea que le des, te lo devolverá multiplicado, como harían los verdaderos amigos que, créeme, al menos los de nosotros, no viven ahí dentro.

El tranvía dio un frenazo herrumbroso y me sostuve con más fuerza a la barra superior, alzando la mirada para seguir viendo hacia lo que quedaba atrás, la vida que dejábamos en Yokohama, nuestra abuela y su música del arpa, los vecinos pescadores silbando sus caracolas, la voz alegre del cuentacuentos *kamishibai* que venía cada día pedaleando sobre su oxidada bicicleta, las carcajadas de Koji mientras nos mandábamos corriendo después de haber hecho alguna travesura. ¡Cuánto los extrañaría y de seguro ellos a mí!

Cerca del puerto unos hombres capturaban cangrejos, ostras, anguilas y galletas de mar para venderlos. Otros, en la orilla de la pequeña playa, desenterraban almejas o se preparaban para salir a pescar porque la marea estaba de buen humor, aunque no así la gente que encontramos al llegar al puerto.

Un mar humano ondeaba, alzando sus brazos y sus voces hacia el enorme transatlántico, que esperaba nos subiésemos como escaladores encima del monte Fuji. Danzando con el

viento, como blancos cabellos de las abuelas, largas cintas de papel pendían desde las palmas de los pasajeros hacia el gentío que gritaba los adioses a sus familiares y amigos.

—Es el Brasil Maru... —afirmó papá—, el amigo que nos llevará a una nueva vida —suspiró.

Pero yo, que tenía amigos reales, sabía muy bien que ninguno que se dijese ser tal alejaría a sus compañeros atravesando el mundo, como hicieron los antiguos exploradores. Para un amigo, una despedida es casi imposible de hacer con alegría.

Tal vez por eso, por más que me esforzara en buscarlo entre la multitud, no pude alcanzar a ver a Koji hasta que nos tocó subir a la nave y un rato más tarde me pareció distinguir su figura entre la gente. Mientras zarpaba nuestro barco, mi corazón se volvió ancla y entreví por última vez la tierra donde quedaban mi barrio y sus vecinos, el resto de mis familiares, la escuela, mis maestros y compañeros de aula, además de Koji, mi mejor y único amigo. Solté la larga cinta de despedida y las lágrimas se deslizaron casi al mismo tiempo.



CONSEJO

Habrá que ser valiente para conocer,
para abrir el corazón a una cultura distinta
de la que naciste y creciste.
Vendr  bien darle una oportunidad
—y d rtela a ti mismo— a personas y lugares
por más distintos que luzcan;
podrías llevarte una grata sorpresa
y crecer tanto como un flamboy n,
el árbol que —nuestro maestro dice—
en el Caribe sueña con ser fuego.

Koji

8.

Sayōnara («Adiós»)

Después de zarpar del puerto de Yokohama, el barco de carga y pasajeros Brasil Maru empezó su lenta travesía por el océano Pacífico, como una enorme ballena blanca sin mucho entusiasmo al nadar. Sufrí un tremendo malestar durante las primeras horas del viaje, aunque intenté distraerme cerrando los ojos y respirando despacio. En la noche nos convocaron para cenar y aquello fue increíble.

—¡Nunca en mi vida he visto tanta comida junta! —exclamó mi hermana Sakuro.

Nadie se avergonzó del comentario de mi hermana porque así era para la mayoría de los que estábamos allí. Igual para el resto, que a diario comíamos copos de avena o batatas hervidas, aquellas mesas servidas con todo tipo de alimentos nos hicieron sentir como dentro de un antiguo cuento de la corte imperial. A papá hubo que convencerlo de que era gratuita para que se animara a servirse el plato que le ofrecían.

A medida que los días transcurrían, la cubierta se convirtió en el lugar de reunión durante la vigilia diurna y los camarotes, en el refugio del viento frío al anochecer. Una noche en la que dormíamos, súbitamente nuestras literas empezaron a sacudirse con fuerza, despertándonos en el acto. Nos miramos todos sin decir palabra y a los pocos segundos la marejada se calmó. No sé por qué, pero en lugar de llorar mis hermanas empezaron a reírse descontroladamente, hasta que papá las mandó a dormir con voz severa.

Aunque debí empeñarme más en el estudio del español cada tarde, los niños nos dedicábamos a perseguir a los más a los más pequeños que andaban sin parar por toda la nave en busca de descargar la energía. Recuerdo a uno, de unos cuatro o cinco años, que se la pasaba corriendo y jugando dentro del barco por más que sus padres intentaran calmarlo. A él todo le parecía un juego, a tal punto que cuando le hablaban para que se aquietara, le sacaba la lengua a las personas. Mis hermanas solo lo miraban y giraban los ojos, desesperadas.

En un punto de la tarde, cuando ya habían pasado varias horas de travesía entre conversaciones y silencios, comenzó a anochecer mientras papá conversaba con el padre del niño:

—¿Hacia cuál de las colonias irá usted? —preguntó.

—Iremos a la de Jarabacoa. Somos agricultores —afirmó.

—¡Ah, sí! Yo también soy agricultor. Estuve interesado en que nos enviaran allí, pero ya no había cupo. Nos asignaron a la de Aguas Negras, cerca de la frontera.

—Nuestros vecinos irán a la de Manzanillo... son pescadores —señaló el hombre.

—Esperamos convertirnos en hacendados cafetaleros. En la convocatoria explicaron que en Aguas Negras hay cantidad de fincas sembradas de café, pero mal administradas...

De repente, la madre del pequeño interrumpió la conversación muy preocupada:

—¡No encontramos a Yoshi! —anunció alarmada.

Al principio, pensaron que estaría jugando con los demás niños que había en el barco, y rápidamente mucha gente se unió en la búsqueda, pero al no encontrarlo cuando salió la luna, empezaron a circular alarmantes rumores de que quizás el pequeño se había caído al agua.

—¡Nuestro hijo está desaparecido, ayúdennos! —imploró llorosa.

Entonces todos comenzamos a buscarlo, llamándolo como en un coro de una banda musical: «¡Yoshi, Yoshi! ¿Dónde estás, pequeño?» Anduvimos todo el interior del barco hasta que desde el almacén escuchamos unas risas aliviadas. Era el padre del niño que reía al verlo dormir tan plácidamente detrás de un cargamento de tejidos destinado a Brasil, completamente ajeno a nuestra preocupación.

Después de ese gran susto, entendí que la comunidad japonesa era muy unida cuando decidía esforzarse para lograr algo, y que tarde o temprano saldríamos adelante. Pasamos la travesía como una gran familia, entre esperanzas y miedos; los adultos soñando con una nueva vida después de la dureza de la guerra y los niños esperando que el mundo desconocido nos quisiera dar la bienvenida, como un buen amigo siempre dispuesto a jugar.

Como un chispazo supe que el camino se haría más llevadero si desarrollaba mi valentía con cada oportunidad.



Confiar en que, por alguna razón más grande
de lo que puedas ahora comprender, vivirás en otra isla.
Todas las circunstancias, aparentemente negativas,
son la puerta hacia nuestra fortaleza interior
y la única manera de acceder es dando
el primer paso para atravesarla;
aceptar todas las experiencias que vengan
—como si las hubiésemos elegido—
para entender lo fuertes que somos.
No lo descubriríamos si el camino fuera llano.

Koji

9.

Tōchaku («Llegada»)

Miércoles 28 de mayo, 1958

Puerto de Ciudad Trujillo, República Dominicana

Después de casi un mes de travesía, al salir del transatlántico mis piernas tuvieron que acostumbrarse al suelo firme caribeño. Me tomó un largo rato olvidar que ya no estábamos en altamar y que finalmente caminaba en nuestra nueva isla-hogar. Un grupo de periodistas, vestidos de manera elegante con chaquetas y sombreros, tomaban fotografías y anotaban datos en sus libretas con las caras serias y sin hablar más de lo estrictamente necesario. El capitán del navío respondía a sus preguntas, mientras yo intentaba leer un gran cartelón que algunos marineros dominicanos ayudaban a colgar en el lado del barco que daba hacia la ciudad.

Aunque había estudiado algunas palabras del idioma español, no pude descifrar en ese momento qué decía, pero los fotógrafos tomaron esas imágenes con mucha diligencia e interés. Más tarde, nuestro intérprete nos explicó que era obligatorio decir la frase «¡Viva el Generalísimo Trujillo!» siempre que un grupo de personas se reuniera, fuera al aire libre o en cualquier casa u oficina.

—Significa que no es una reunión de disidentes... —añadió un oficial que acompañaba al intérprete.

A pesar de que nadie comentó nada, los periodistas escribieron que nosotros habíamos exclamado esa frase, lo

cual no era exactamente cierto, pues ni siquiera sabíamos cómo pronunciarla. Estábamos tan deseosos de llegar a nuestro nuevo hogar que rápidamente olvidamos ese letrero y seguimos adelantando las gestiones en la aduana del puerto para continuar la última etapa del largo viaje, esta vez por carretera.

Era pasado el mediodía y el calor del trópico nos arropaba con su sábana de aire húmedo. Con las caras empapadas, los sudores corriendo por la frente y por debajo de la ropa, avanzamos hacia la fila donde unos oficiales de la Marina nos pedían los pasaportes. Mamá y mis hermanas, junto a otras mujeres, sacaron sus abanicos y unos niños semidesnudos vinieron corriendo para verlas. A cierta distancia las observaban con curiosidad y señalaban hacia los abanicos de papel, adornados con delicadas flores de cerezo.

—Todo está listo. Bienvenidos a Ciudad Trujillo. Les presento al intérprete de la Colonia de Aguas Negras, Sr. Kawakami.

—Buenas tardes. Seré su traductor para que puedan comunicarse en todo momento. Cualquier pregunta que tengan, no duden en hacérmela —se ofreció el hombre de ojos serenos.

—Muchas gracias, nos alegra mucho contar con su ayuda —respondió papá en nombre del grupo de recién llegados. Los demás acompañantes también lucían muy aliviados por la presencia del Sr. Kawakami.

Papá tomó los documentos y dos oficiales nos entregaron nuestras pertenencias: unas cuantas maletas con ropa y libros,

además de unas cajas con trastos: una tetera que mamá se negó a dejar atrás, la cantimplora de papá, los clarinetes de bambú de mis hermanas, una armónica y el ábaco en el que toda mi familia aprendió a contar.

Cuando también las demás familias estuvieron listas, caminamos hacia los autobuses que nos esperaban encendidos, bramando como bueyes cansados de tantos vaivenes bajo el sol. Dentro, un hombre de piel negra y amplia sonrisa fumaba un cigarrillo que hedía más que los que fumaba papá.

—Hola, me llamo Rodolfo. Los llevaré a la colonia de Aguas Negras. —Nos ayudó a meter las cosas de todos y nos apretujamos dentro lo mejor que pudimos.

A lo lejos vi a la familia del pequeño que se había perdido en el barco y los saludé con la mirada, inclinando la cabeza. En mi interior deseé buenos augurios para ellos y para los demás, pues era todo tan diferente que solo esperaba que la buena fortuna nos acompañara.

Nada de lo que pueda describir de mi primer atardecer en el Caribe podría hacerle justicia al espectáculo de tantos tonos de luz anaranjada que me llenó de sorpresa, salvo que se sintió como un enorme regalo de bienvenida hecho por la mismísima Naturaleza. Cuando el conductor pisó el acelerador, eran casi las cinco de la tarde y el sol se apagaba lentamente a medida que abandonábamos la ciudad por la carretera que bordeaba el malecón con sus arrecifes y olas furiosas.

El resto de los autobuses se desperdigaron en otras direcciones, hacia las demás colonias, como canicas que se alejan sin

remedio. Me alegré de que el intérprete se hubiera quedado con nosotros entre los tres vehículos con destino a Aguas Negras.

Desde mi ventana, desfilaban ante mis ojos muchas de las casitas del suroeste hacia donde enfilábamos. Parecían colmados –la palabra que usó Rodolfo– en la parte que daba hacia la carretera: bastante destartaladas, el frente había sido convertido en un mostrador de tablas con alguna vitrina, la mayoría de comestibles como víveres y frutas, además de leña, fósforos, kerosene en botellitas, y cuaba. Todas las fachadas estaban pintadas de tonos mustios y desgastados –ocre, terracota, marrón–, indudablemente desteñidas por la inclemencia de la brisa, la lluvia y del sol.

Señalando una fachada multicolor, el conductor habló:

–Son pulperías –explicó mirándonos desde el retrovisor–. Vengo ahora –aseguró y, sin esperar consentimiento alguno de parte de viajeros cansados por un larguísimo viaje, detuvo el camión a la orilla de la carretera, se apeó como un jinete y caminó decidido hacia el puesto donde una señora con el pelo recogido con rolos coloridos ofrecía en venta numerosos dulces típicos, además de billetes de la lotería. Un racimo de guineos tan amarillos como los girasoles colgaba del techo.

El entorno era un descampado con algunas callejuelas de tierra que llevaban hacia casitas de madera con techos de zinc, desperdigadas, con unas cuantas matas de flores y de frutos. Sakura, que había practicado bien esas palabras en español, las señalaba:

—Mata de plátano, árboles de mango, palma de coco —las nombraba con una naturalidad impresionante.

Además de algunos arbustos de hojas coloridas, también había animales como guineas, gallinas y perros salvajeando por la yerba. Y una mula suelta que, perseguida por un chiquillo desnudo de abultado vientre, intentaba alejarse hacia un claro donde la empalizada dividía la siembra. Cuando el conductor regresó, nos trajo un guineo a cada uno y algunos conconetes, masitas hechas de coco horneado.

Ya al anoecer, seguimos nuestro largo recorrido cuando la oscuridad, el bamboleo, la brisa tibia que entraba por la ventana y el silencio, me exhortaron a quedarme dormido sobre la pila de nuestros bultos. Acomodé todo como cupo y coloqué la maleta de ropa como una gran almohada antes de caer rendido. Qué sorpresa me llevé unas horas más tarde cuando al despertar estábamos al borde de un camino, en medio de la nada, con el conductor dormido mientras un enjambre de zancudos jugaban a los vampiros hambrientos con nosotros. Parecía que estábamos en el país de los mosquitos y que había muchos pobladores dispuestos a recibirnos.

Mis padres, escandalizados por la calma con que el hombre se tomaba el viaje, se quejaban susurrando sobre la imprudencia de Rodolfo, que había detenido la marcha en plena madrugada, aunque no se atrevieron a despertar a nuestro intérprete, quien al igual que Himari y Sakura dormía sin sospechar nada. Con esos susurros de fondo, un haz de luz lunar se posó sobre mi hombro. Alcé la mirada para contemplar el firmamento lleno de estrellas que resplandecían desde su infinito hogar y me sorprendí al ver una fiesta de estrellas fugaces. Recordé las

noches de contarlas junto a mis amigos en Yokohama y mi interior tiritó de nostalgia.

Resignados, cerramos los ojos hasta que más tarde, todavía con el cielo oscuro, un gallo cantó kikirikí en la cercanía y Rodolfo se despertó abruptamente. Desperezándose, exclamó:

—¡Buenos días, vámonos con Dios!

Exhaustos, y sin entender nada de lo que había dicho, vimos cómo encendió los faroles del autobús, iluminando el camino que nos llevó hacia Aguas Negras. Papá miró su reloj de pulsera y en voz baja nos dio la hora:

—Son las cuatro y media de la mañana, ¡qué imprudencia! —observó.

Y yo hice como mis hermanas: me olvidé del mundo y cerré los ojos para seguir descansando hasta que llegáramos a la colonia.



TIBIEZA

El atlas de geografía indica
que en las Antillas siempre es verano.
¡Podrás bañarte en el mar, meterte en el río
o andar con ropa ligera durante todo el año!
Deja que la tibieza del sol te abrace,
en caso de que alguna vez
necesitases un abrazo
y no hallases quién te lo diera.
Él siempre está ahí con su luz.

Koji

10.

Hajimari («Comienzos»)

Jueves 29 de mayo, 1958

*Colonia de Aguas Negras,
frontera más sureña con la República de Haití*

Mientras las guaguas se abrían camino por los montes, el amanecer se enorgulleció en enseñar los verdaderos colores de Aguas Negras, como una perfecta bienvenida después de más de un mes de travesía ininterrumpida. La colonia estaba rodeada de montañas cubiertas de frondosos árboles y matorrales. El vehículo de Rodolfo avanzaba lentamente y pude observar la naturaleza que nos rodeaba con sus verdes abrazos.

Como hacía en el aula al hacer la fila, después de desmontarnos con el cansancio en el cuerpo caminé detrás de los demás hacia la hilera de casas de diferentes colores que estaban una al lado de la otra. Lucían todas como pequeños depósitos, con paredes de concreto y techos de asbesto. El Sr. Kawakami indicó cuál era nuestra vivienda: la número cinco. Al entrar, nos esperaba una larga mesa, con los trastes mínimos para preparar alimentos, unas cuantas sábanas y varias camas en las tres pequeñas habitaciones. En la cocinita solo cabía una persona a la vez... ¡y no había baño!

—Las letrinas están afuera —explicó nuestro intérprete, traduciendo lo que el encargado dominicano de las viviendas explicaba con total normalidad.

Salimos para ver de qué se trataba y vimos un pequeño cobertizo con paredes de zinc, que al abrir su compuerta tenía una especie de asiento con base en madera y en el tope una apertura circular que usaríamos a modo de retrete. Detrás, un par de hombres con machetes cortaban la grama y algunas ramas de los árboles. Hablaban entre ellos, produciendo una conversación increíblemente musical.

Junto a mi familia regresé a la casita, pensando que lo único que nos faltaba, especialmente a mí, era aprender el idioma, porque aunque pude haberlo estudiado mucho más, como hicieron mis hermanas y mis padres, lo que hice en la travesía fue pasármela correteando detrás de los niños pequeños, y observando a las demás personas e imaginando cómo sería la isla a la que nos dirigíamos; una isla que comparten dos países.

Me tocaba estudiar el doble, o hasta el triple, porque con la rapidez que hablaban los de Aguas Negras no había quien pudiera seguirles. ¡Qué impotencia! Además de la cantidad de palabras que existen en la lengua española, también hay frases caribeñas que quieren decir cosas que uno ni se imagina, al menos eso nos explicó el Sr. Kawakami, que se la pasaba traduciendo lo que deseamos comunicar. Frases como «estar como ají tití», es decir, estar furioso; o hacerse el «chivo loco», que quiere decir hacerse el distraído, son algunos ejemplos de esas invenciones.

Aunque por fin habíamos llegado y queríamos descansar, papá estaba inquieto por conocer cuáles eran las tierras que le entregarían para cultivar. Desde antes de que nos fuéramos al centro de adiestramiento en Yokohama, no había sembrado

nada y eso lo tenía impaciente porque en la vida de los sembradores el tiempo no se mide en horas, sino en cosechas. Y ya quería volver a ser lo que siempre había sido: un mago de la tierra. Sería cuestión de tiempo empezar a preparar la tierra. Papá preguntó a nuestro intérprete:

—¿Cuándo veremos nuestros cafetales?

El Sr. Kawakami miró alrededor y se excusó con una expresión perpleja, prometiéndonos que tan pronto tuviera la respuesta nos la daría. Al poco rato, otros autobuses llegaron con más familias japonesas. Las vimos más tarde conversando con algunos locales que no parecían estar preocupados por nada.

Deseábamos iniciar nuestra nueva vida en el Caribe, pero todavía no habíamos aprendido a hablar el idioma de los dominicanos. A pesar de que necesitábamos abastecernos para alimentarnos por los próximos días, no sabíamos cómo pedirlo en el colmado, una especie de mercadito casero donde había arroz, granos, arenque y bacalao para comprar. Mamá señalaba con el dedo y asentía con la cabeza para entenderse con el dependiente de la bodeguita. Éramos afortunados pues cada día comíamos arroz blanco y *kanpyo* en salsa de soya, además de algunos alimentos básicos como leche y pan que diariamente nos hacían llegar, un alivio junto a la ayuda mensual del gobierno de unos sesenta pesos, que se mantendría siempre y cuando lográramos la primera cosecha.

Aquel primer día, cuando llegó la noche y quisimos preparar la cena, entendimos que los mosquitos serían la menos importante de nuestras preocupaciones.

—No hay suministro de electricidad ni de agua en la casa... en ninguna de las casas —señaló mamá, encendiendo una lámpara de aceite.

¿Qué decir de mi familia? Que mis padres, además de exhaustos y agobiados, también lucían bastante sorprendidos de la extrema sencillez de todo, por no decir pobreza. Y mis hermanas ni hablar, una vez entraron a la habitación que compartimos, lo único que hacían era quejarse de la brisa fresca al anochecer porque no teníamos cobijas adecuadas para cubrirnos. Menos mal que ellas habían empacado algunos libros para entretenerse por las mañanas, aunque mamá hubiese preferido que la ayudasen a limpiar y organizar la casa.

Al cabo de un par de días, la realidad nos mostró su rostro más temible y los sueños de una nueva vida más feliz y cómoda que en Yokohama se esfumaron en el aire. Para empeorar las cosas ¡extrañaba mucho a mi amigo Koji!



NOSTALGIA

Cuando extrañes las aventuras
busca el árbol más grande que puedas;
quédate quieto frente a él
hasta que lo escuches:
el piar de las aves es lo más parecido
a las risas y a la alegría de los buenos tiempos.
Sus nidos son como los bancos de un aula
fabricados para compartir,
repletos de alas para volar
al mundo de los recuerdos felices.

Koji

11.

Doryoku («Empeño»)

Lunes 2 de junio, 1958

*Colonia de Aguas Negras,
frontera dominicana más sureña con Haití*

La semana inauguró su danza veraniega con una caminata para explorar las tierras a cultivar. Esperando al guía que nos llevaría a verlas, se nos pasó casi media hora entre la impaciencia de los hombres japoneses y la sorpresa de los más jóvenes que los acompañábamos. Al cabo de un largo rato, totalmente desentendido del tiempo y silbando alguna canción que solo él conocía, apareció nuestro tan esperado guía. Severo era un campesino de la zona, con machete en mano y actitud relajada. Una gran sonrisa seguía iluminando su rostro, sin siquiera notar que los demás estaban furiosos por la larga espera. Aparentemente, en estas islas el tiempo no tiene demasiada importancia para la gente, al menos el tiempo de los demás.

Lo había visto caminar junto a su familia durante el fin de semana, él con su sombrero de paja, la señora vestida de blanco y un pañuelo del mismo color, cargaba un macuto con víveres y casabe, alimentos que se entreveían por lo lleno que iba. Sus pasos y movimientos eran lentos, y al igual que Severo, la señora sonreía con frecuencia. De su cuello colgaba un largo collar de cuentas elaborado con semillas color lila.

—¿Están listos para subir? —preguntó mientras se echó a andar blandiendo el machete.

Don Suki, uno de los agricultores japoneses de más edad, iba adelante junto a Severo. Salimos de la colonia hacia el exhuberante entorno natural, que era más bien una jungla, y avanzamos acompañados del cantar de los gallos sin percatarnos de que a medida que seguíamos el suelo se elevaba cada vez más, así que más que caminar, debimos casi escalar.

—¡Atentos al barranco! —advirtió Severo, como si el conocimiento que tenía de la zona lo hubiese hecho inmune a una caída.

Nuestro nuevo hogar se encontraba a casi ochocientos metros sobre el nivel del mar y las tierras a cultivar todavía unos cuatrocientos metros más arriba. Severo macheteaba la maleza que aparecía frente a él como si de un *samurai* caribeño se tratara. Algunas casuchas y trillos iban apareciendo entre los matorrales, al igual que algunos sembradíos que en el país dominicano se llaman conucos. De repente, de entre el monte salieron dos hombres negrísimos cabalgando unas mulas famélicas y cansadas.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó uno de ellos con un hablar musical y lleno de vaivenes.

Papá y los demás nos detuvimos sin comprender qué expresaban. Nuestro guía respondió:

—Estamos recorriendo las tierras que estos japoneses cultivarán desde esta semana.

Los desconocidos se miraron entre sí, extrañados.

—¡Buena suerte con eso! Nuestra familia tiene setenta años en esta zona y lo único que hemos visto dar a esta tierra es piedras y ganas de llorar... —replicó uno de los recién llegados.

—¡Aunque eso deberías saberlo, si es verdad que eres de por aquí! —agregó el otro, mirando al guía con perplejidad.

Severo hizo un gesto de despedida y bajó la cabeza pensativo; nos hizo señas de seguir caminando hasta que, al cabo de un rato, llegamos a la pendiente de la montaña donde estaban nuestras tierras cafetaleras, o al menos a lo que creíamos que eran y que serían. La realidad resultaría otra.

—¡Pero aquí no hay ni una mata de café! —exclamó uno de los jóvenes en japonés.

Estaba en lo cierto. Los supuestos terrenos no eran más que un montón de piedras en una zona árida llena de cactus, y algunas guazábaras y guayacanes dispersos entre matorrales. Consternado, uno de los hombres preguntó:

—¿Por dónde comenzaremos?

—El desmonte será difícil, pero hay que intentarlo. Puede ser que mi idea funcione —indicó papá sin perder el ánimo.

—¿Qué se te está ocurriendo? —preguntó otro.

—Es una antigua técnica de cultivo, que espero pueda servirnos aquí —respondió ligeramente dudoso, añadiendo: — Ha funcionado en tierras difíciles de cultivar en Yokohoma. Si obtenemos arcilla y la mezclamos con tierra negra que

obtenemos aunque sea de otras comunidades podamos amasar cápsulas donde entrar las semillas hasta que germinen –aclaró.

Después de todo, papá era un gran agricultor y no le tenía miedo a la tierra, fuera cual fuera. Lo que me sorprendió fue que se girara hacia mí y delante de todos me ordenara:

–Hiroki, a partir de mañana vamos a necesitar la ayuda de un aguador. Subirás con nosotros a la loma y te indicaré qué hacer y cómo. Contamos contigo.

Todos me miraron como si en mis ojos estuvieran las respuestas a sus miles de preguntas: por qué nos sucedía esto, qué haremos ahora, fuimos engañados, cometimos un error al abandonar nuestro país para venir a este, podrán este agricultor y su hijo solucionar realmente la aridez de esta tierra...

–Sí, papá –contesté en voz alta antes de que me diera cuenta, porque dentro de mí creo que era lo que él necesitaba oír.

En ese momento entendí que todos podíamos colaborar con algo para que la misión agrícola de la comunidad fuera exitosa; y no solo en el cultivo y la cosecha, sino con mi actitud hacia mi familia y el grupo.



PIDE AYUDA

Si alguna vez sientes hambre
y no hay lugar donde comprar alimento,
busca entre la naturaleza:
de seguro encontrarás un árbol de nísperos,
mangos, lechosa, cajulitos o almendras...
un arbusto con uvas de playa
o una mata de aguacates
con un delicioso fruto para ofrecerte.
Si no alcanzas la rama, pide ayuda,
que lo que más habrá es gente dispuesta.

Koji

12.

Boshū («Ofrenda»)

El camino de regreso a la casa fue una desescalada silenciosa y lenta, como la lava que se rumorea descendía antiguamente por las laderas del monte Fuji. Con más tiempo para observar el resto del entorno que a la ida, noté una hermosa flor que se abría entre las ramas de un largo y puntiagudo cactus. Extrañado ante la suave delicadeza que brotaba de una zona árida, me detuve y señalé hacia donde estaba la flor. En el mejor español del que fui capaz pregunté:

—¿Nombre?

Severo la miró y apuntó con su machete con intención de cortarla, pero lo detuve con una señal de mi mano.

—Pitahaya... — acentuó con un gesto de suave, pronunciando despacio cada sílaba—. Pi-ta-ha-ya.

Noté que las plantas y flores de esta zona son tan distintas a las que veía en mi ciudad, en mi vecindario y especialmente en el jardín de Las Tres Cañadas. Mientras allá proliferaban las lilas y flores de loto flotando en los estanques, los cerezos y los gingkos, en la zona de la frontera donde llegamos las plantas eran alargadas y puntiagudas. Había también arbustos y matorrales dispersos entre los montes, como a la espera de lluvia para terminar de crecer.

Más tarde, cuando llegamos a la colonia, fue gracias al Sr. Kawakami, nuestro intérprete, que nos enteramos de todo lo que habían hablado los adultos entre el guía dominicano y

los pobladores haitianos, papá y los demás hombres. Pudimos explicárselo a mamá y a mis hermanas para contestar las miles de preguntas que nos hacían con la esperanza de que trajésemos buenas nuevas.

Tras escuchar a papá, Sakura inquirió:

—¿Es decir que las tierras que nos prometieron ya tenían a esos agricultores como cuidadores?

Papá asintió con la cabeza. Mamá añadió:

—Es probable que muchos habitantes haitianos y sus descendientes vivan aquí desde hace décadas —suspiró, desenrollando el escrito con el que ofreceríamos nuestra primera oración a los ancestros en la recién estrenada casita caribeña.

—Sí. Y no solo eso, sino que desconocían que nosotros cultivaremos cerca de las suyas —agregó papá.

Himari y Sakura miraban de un lado para otro pendientes a cada palabra de nuestros padres. Parecía que buscaban otras palabras dentro de las palabras, como si sus ojos fueran una lupa o si quisieran descubrir datos ocultos que no siempre los adultos revelan.

—Creo que tendré que hacer magia para que brote aunque sea un cafeto de estos terrenos. He enfrentado numerosos cultivos difíciles en mi vida, y de algún modo encontraré la manera de preparar también este.

Reverente, mamá colocó el pequeño *butsudan* de madera oscurísima, el altar dedicado a nuestros ancestros, en el estante de la salita. Abrió ambas compuertas lentamente y las minúsculas fotografías aparecieron como estrellas en el firmamento: abuelo, abuela, tío. En el centro mamá puso el rollo con la mandala, mientras Himari encendía incienso, Sakura colocaba una vela y papá se arrodillaba al lado de ellas.

Con mis manos vacías, sentí que no tenía nada que ofrecer a mis ancestros y quise remediar. Corrí hacia la entrada donde había una plantita dentro de un pequeño macetero y la presenté como ofrenda.

Comenzamos las oraciones todos juntos como hacíamos en el hogar de Yokohama, antes de que nos convirtiéramos en extranjeros, cuando aún pensábamos que otras latitudes resolverían las necesidades de nuestras vidas. Lástima que no teníamos idea de que en todas partes hay dificultades. Al menos, teníamos a los ancestros, o su recuerdo, y ese era nuestro mayor consuelo.

Al terminar las meditaciones, un enjambre de mosquitos acompañado de las sombras asaltó la colonia, así que rápidamente Himari encendió las lámparas de aceite que silenciosas y presentes nos trajeron su calidez, como las verdaderas amistades, como los amigos que dejamos en Japón pero que siguen iluminándonos el interior.



ORÍGENES

Como las raíces que crecen juntas
y como las ramas que buscan su cielo,
somos de la misma tierra,
pero también del universo entero.

Koji

13.

Tsukare («Cansancio»)

Junio y julio, 1958

Igual que los pájaros carpinteros que sobrevolaban nuestros tejados, el verano transcurrió veloz. La faena de aguador resultó ser más rigurosa de lo que imaginé. Afortunadamente contaba con la ayuda de Cucho, el hijo de Severo, que se nos unió para ayudar con el desmonte y preparación de los terrenos. Como era pleno verano y aún no comenzaba la escuela, nos hicimos útiles sacando agua del pozo en la colonia y subiéndola en cubetas hasta el tope del monte, donde papá y los demás agricultores se empeñaban en convertir un pedregal en tierra fértil.

Después de humedecer y arar la tierra con mucho cuidado, papá había elegido sembrar usando un sistema que consistía en plantar plantículas dentro de unas bolas de arcilla abonada y luego hundirlas en la tierra, lejos de la vista de las aves, de modo que al llegar las lluvias se ablandaran y liberaran las plantas germinadas. Todos ellos lucían esperanzados y activos, con los cuerpos bañados en sudor bajo la dureza del sol, a pesar de los gruñidos de sus estómagos vacíos, de la humedad de las Antillas y de las picaduras de los insectos que aparecían.

Un día de julio, subí sin la ayuda de Cucho con dos cubetas de agua para irrigar algunos arbustos que cercaban el terreno junto a una larga empalizada, rodeada de alambres de púas como espinas de cactus. Me acerqué a papá y dejé los baldes a sus pies para luego sentarme un rato a descansar, pues la pendiente había sido trabajosa de subir con el peso adicional de cubo de Cucho. Más descansado, alcé la mirada hacia el pedregal: papá estaba agachado con sus manos afanadas en

la siembra; don Suki jadeaba mientras despejaba el monte de malas hierbas; dos jóvenes delgadísimos amasaban las bolas de arcilla que habían mandado a buscar desde otro pueblo como si sus vidas dependieran de lo que brotara de ellas, y yo, yo lo veía todo intentando calmar el vuelco súbito que mi estómago sintió de golpe.

A sus espaldas, el pedregal se extendía como un desierto obstinado, al tiempo que el pequeño ejército de agricultores se batía contra la aridez del monte labrando, regando, sembrando, esperando. De repente me volvió a la memoria el comentario del agricultor haitiano que habíamos encontrado la primera vez que subimos:

«¡Lo único que da esta tierra es piedras y ganas de llorar!»

Eso había dicho con convencimiento, con la experiencia de muchos años viviendo en el lugar. Respiré hondo y me puse de pie porque, tuviera o no razón, quedaba mucho trabajo por hacer. Después de todo, ¿alguna vez se ha visto que un bosque necesite de agricultores?

Como sabía la respuesta, me puse también manos a la obra, mejor dicho, a la tierra, como si nuestro futuro dependiera de ella, porque en realidad así era. No sé cuántas veces bajé al pozo a buscar agua durante esos dos meses, pero sí sé que todos hacíamos lo mejor que podíamos para que el plan de papá, de mezclar arcilla y tierra, funcionara. Estábamos aún esperanzados en que su magia, la que brotaba siempre que sus manos tocaban la tierra, rindiera una buena cosecha.



No sé cómo luce ni qué ocurrirá después,
pero siento que este tiempo exacto
es tierra fértil para abrir el corazón.
Ahora existe la oportunidad
de recibir la semilla del cambio
y crecer sobre el desafío
solo si le damos la bienvenida.

Koji

14.

Shōrōbune («Bote espiritual»)

Domingo 15 de agosto, 1958

Como si el sol sospechara de los preparativos del ritual para despedir a los espíritus de nuestros mayores fallecidos a mediados de agosto, la luz se agregó al baile entre el viento y las ramas, creando un espectáculo de brillos y sombras en la entrada de nuestra casita. Mientras decidíamos los toques finales para completar nuestro gran bote de papel, el intérprete de la colonia llegó a supervisar:

–Veo que aquí también se animaron a celebrar la procesión del barco espiritual. –Se colocó de lado para observar mejor la balsa de cartón que entre todos construíamos.

–Sí –contestó mamá, arreglando una de las linternas que colocaría dentro del bote.

–Me alegra que entre todos estén ayudando a construir el *shōrōbune*. Si necesitan cualquier asistencia me lo hacen saber –comentó el Sr. Kawakami.

A los más jóvenes nos tocó recolectar en cada casa la lista con los nombres de los familiares difuntos con los que haríamos pequeños recortes para luego colgarlos con alfileres en el barco de papel. Cada año en el festival de *Shōrō nagashi*, enviamos a los espíritus de nuestros ancestros hacia el Sukhavati, la Tierra Pura, donde el Buddha nos va preparando para entrar.

El año pasado se lo dedicamos al abuelo Yutto, el padre de mamá, que partió después de que una pulmonía se lo llevara

en menos de tres meses. Recuerdo que en la última procesión durante el festival la gente llevó petardos y *gongs* para sonarlos, mientras otros gritaban sus *kakegoe*, gritos y lamentos, para llorar a sus familiares fallecidos. Papá terminó ronco de tantos llantos que lanzó y yo terminé casi sordo, con dolor de tímpano. Al día siguiente, cuando más vecinos sacaron sus botes antiguos para continuar el festival, uno de ellos me pisó el dedo gordo del pie y me fue mal en la carrera de botes que hicimos después de las ofrendas.

Sin embargo, como aquí el mar está muy lejos de Aguas Negras, se decidió que no haríamos competencia sino que llevaríamos un único bote de papel en nombre de todos para liberarlo en el río Mulito y recordar a nuestros difuntos. Para alegría de mis hermanas, pudieron practicar los pasos de su danza tradicional, esperando ejecutarla después de las meditaciones el día indicado.

—Me gusta ver que a pesar de las dificultades nos mantenemos unidos, ayudándonos, conservando nuestras tradiciones — manifestó papá satisfecho.

Cuando, al cabo de poco más de una semana, finalmente estuvimos listos para llevar el bote hasta el río, nos subimos al autobús unas veinte personas, colocándolo con mucha delicadeza sobre un par de asientos unidos. En el camino íbamos meditando en silencio sobre nuestros ancestros y uno de los mayores cantó quedamente una suave canción.

—¡Hemos llegado a la finca! — anunció el conductor dominicano.

Luego de apearnos en el punto acordado, papá y otros dos desmontaron el barco y nos dispusimos atravesar el terreno

hacia el río. Mamá y mis hermanas iban recogidas, pero emocionadas de poder depositar esta ofrenda colectiva a la memoria de nuestros seres queridos. En el bosque seco enormes peñas yacían sobre la tierra como animales cansados de pastar. De buenas a primeras, un bramido se escuchó a las espaldas del grupo. Me giré para ver y ahí lo vi. Era un enorme toro que miraba fijamente hacia nosotros, mientras movía la cola de lado a lado.

—¡Un tooooooo! —grité, preso del pánico y me eché a correr solo para que el grupo hiciera lo mismo, todos alarmados y exclamando «¡Y ahora qué haremos! ¡Dónde nos esconderemos!»

La bestia apresuraba la arremetida, pero corrimos lo más rápido que pudimos hasta que afortunadamente llegamos a la guagua y el animal desistió de embestirnos, aunque solo por unos pocos minutos de desventaja. Subimos en un santiamén y, cuando estuvimos a salvo, se escuchó una leve carcajada. Era mamá, que por más que lo haya intentado no logró evitar contagiarnos su regocijo a todos en el autobús al vernos a salvo, de tal manera que algunos hasta lloraban risueños por el alivio.

El chofer, sin entender nada de lo que había pasado, esperó la señal de arranque y regresamos a la colonia de Aguas Negras con el espíritu más ligero. Aunque no muchos piensan igual que yo, creo que esa risa colectiva fue la mejor ofrenda que hayamos podido entregar a nuestros ancestros, que de seguro también estallaron en carcajadas en el Sukhavati, la Tierra Pura.



Teatro de papel y cuentacuentos,
alegre escenario sobre ruedas:
mitad dibujo y mitad alfabeto.
Igual que la *Shachijoko*,
parte tigre y parte pez;
universo repleto de historias
ricas en sentimientos y enseñanzas
como cada día y cada noche.

Koji

15.

Uwasa («Rumores»)

Martes 21 de octubre, 1958

Aguas Negras

—¿Quiere decir que cuando pasen todos esos años es que cosecharemos? —preguntó papá, desencantado—. En los folletos indicaba claramente que las tierras eran idóneas para la agricultura. Aunque es razonable que haya un período de espera, no supuse que sería tan largo —agregó sin ocultar su frustración.

Se hizo un silencio incómodo en la salita de la casa. Mamá sirvió té de limoncillo.

—Lo siento mucho, Sr. Nakamura. Estuvimos indagando y es necesario que crezcan por completo los pocos cafetos que germinaron y que una vez crecidos, hagan la primera floración. Una vez lleguen los frutos a la madurez, lo que ocurre más o menos en tres o cuatro años de iniciada la siembra, es que se podrá recoger el café —respondió el Sr. Kawakami.

—¿Por qué tanto tiempo? —preguntó mamá, escandalizada, sumándose a la conversación.

—Señores, la parte positiva es que vendrán inspectores en los próximos meses para verificar por qué no se reportó el verdadero estado de estos terrenos y encontrar soluciones para ustedes y las demás familias... —explicó el intérprete.

Increíble. A casi seis meses de haber llegado a nuestro nuevo

hogar, nos enteramos que con toda probabilidad los terrenos que nos asignaron en Aguas Negras no eran aptos para desarrollar café y, para el caso, prácticamente ningún producto agrícola que se pudiera vender al por mayor. ¿Valía la pena esperar todo ese tiempo sin que alguien pudiese garantizar que crecerían las matas de café?

Himari y Sakura se miraron entre sí, desconcertadas también. Aunque los niños no participamos de la conversación, estábamos cerca, estudiando las palabras de español del día, y escuchamos todo. Una vez se marchó el intérprete, a los pocos minutos llegó el Sr. Haruto, uno de los vecinos, y con actitud circunspecta se asomó por la ventana. Tocó la puerta y mamá le abrió.

—¿Está su esposo? —inquirió en un susurro.

—Sí, pase adelante —respondió ella, franqueando la entrada.

—Hola, vecino. Sé que el Sr. Kawakami estuvo por aquí. Nos ha visitado a todos para explicarnos la situación.

—Eso he sabido... parece que están concluyendo las encuestas.

—Sí, pero hay algo que quiero contarle.

Los dos se ubicaron cerca de la cocina y el Sr. Haruto bajó la voz:

—Me enteré de que tampoco en la colonia de Neyba la siembra de guineos ha tenido progreso. Aquí no se sabe con exactitud si cosecharemos café en el futuro cercano, la situación es crítica. Muy pronto habrá que decidir qué hacer.

—¡Así es! Esta incertidumbre de las tierras que no producen frutos debe terminar. La principal razón por la emigramos fue la de terrenos fértiles —contestó papá.

El hombre asintió con la cabeza y agregó:

—No se sabe a dónde irá a parar esto, pero pronto tendremos que decidir qué conviene más a cada familia, porque si seguimos esperando que la situación cambie, esperaremos para siempre...

Taciturno, papá se acariciaba la barbilla, pensativo.

—De momento esperemos a ver qué noticias se van conociendo. Luego tomemos una decisión. Gracias por su visita.

Ambos se despidieron con una ligera inclinación y cuando el vecino se marchó nos sentamos todos a la mesa. Mirando a mamá, papá se dirigió:

—Escuchen bien —indicó con la mirada puesta en nuestra madre—. Es muy posible que vengan cambios y el único modo de enfrentarlos es aceptándolos. Es momento de ser fuertes, valientes, y de mantenernos unidos. Sé que saldremos adelante.

Cuando terminó de hablarnos, no me quedó claro si papá realmente nos dio ese mensaje para prepararnos o porque era él quien necesitaba creerlo con todas sus fuerzas. Creer que saldríamos nuevamente de una situación difícil e inesperada, cuando se suponía que habíamos emigrado para progresar en la vida. Pienso que por ambas razones.



PASOS

Igual que el rocío del amanecer,
o los primeros rayos de sol
y el reposo del ciervo,
que tus pies besen la tierra
con cada uno de tus pasos.

Koji

16.

Kettei («Decisiones»)

Viernes 23 de enero, 1959

*Colonia de Aguas Negras,
frontera dominicana más sureña con Haití*

Era evidente que todo nuestro esfuerzo no estaba rindiendo el fruto esperado. Tras meses de intentar fertilizar tierras que eran prácticamente pedregales, para convertirlos en terreno fértil, llegó el momento de aceptar que no se había realizado el proyecto por el cual habíamos abandonado nuestro país.

Tras las celebraciones navideñas, varios de los inspectores japoneses llegaron a las distintas colonias para conocer cómo nos iba y si estábamos conformes con lo que cada familia había recibido como parte de su acuerdo. Después de todo, la promesa de terrenos aptos para sembrar había sido el principal incentivo que la mayoría de nuestros padres consideró para tomar la decisión final de viajar a esta colonia agrícola.

Al cabo de varias semanas, cuando las encuestas estuvieron listas, pudimos conocer cuáles habían sido los resultados en una reunión por la tarde:

—Hay tres alternativas para manejar esta situación —empezó el intérprete cuando nos reunió a todos en la entrada de la colonia de Aguas Negras.

Estábamos expectantes. El Sr. Kawakami prosiguió:

–La primera es regresar al Japón; la segunda, reemigrar a Suramérica, y la tercera es quedarse en la República Dominicana en esta u otra colonia –enumeró el intérprete.

Los presentes escuchamos atentamente. Muchos asentían con la cabeza, hablaban bajito entre sí y otros lucían preocupados. Mis padres se miraron con serenidad, como si ya conocieran lo que el otro pensaba sobre las posibilidades. El Sr. Haruto se nos acercó para comentar sobre lo que acabábamos de escuchar:

–¿Qué les parecen las alternativas? –quiso saber el vecino.

–Habíamos considerado que podían ser esas, pero no hemos tomado una decisión –contestó mi padre.

–Creo que es mejor quedarse en este país porque dejamos todo en Japón para continuar hacia adelante. Piénsenlo, hay oportunidades en otros lugares aquí –consideró el Sr. Haruto.

–Hablaremos con el encargado de la colonia para evaluar juntos nuestra situación. Agradecemos su consejo, vecino –finalizó papá y todos nos marchamos a casa.

Además de la espera por los frutos de la tierra, la frescatemperatura nos había hecho cruzarnos de brazos y acercarnos un poco más. Una vez nos sentamos a cenar, conversamos sobre nuestro futuro.

–Creo que podemos buscar otros lugares en este país, papá. Seguro hay tierras para sembrar en alguna parte –intervine. Mis hermanas asintieron en acuerdo conmigo. Recordé que Severo nos había contado que en varios puntos del país habían

terrenos fértiles y que él mismo trabajó en fincas en la cosecha de frutas y víveres. Justo esta mañana hablaba de unos campos más hacia el este en los que algunos de sus familiares siembran caña de azúcar y arroz.

Al día siguiente, después de conversar con el encargado de la colonia, papá compartió con nosotros la decisión que había tomado para nuestra familia. ¡Nos mudaríamos a otra zona agraria en la República Dominicana!

—¡Me alegro mucho, Sr. Nakamura! —había reaccionado el hombre, complacido—. Escribiré algunas cartas de recomendación, además de los permisos para que puedan salir de la colonia libremente y viajar por el país.

Así fue cómo un grupo de nuestros padres salieron de Aguas Negras en busca del siguiente lugar donde mudarnos. Tardarían diez días en encontrarlo y regresar, llenándonos de nuevas esperanzas en el porvenir. Entendimos que no hay límites para la cantidad de recomienzos que podemos emprender en la vida. Mientras amanezca cada mañana, hay posibilidades de seguir hacia adelante.



MUDANZA

Nubes que vuelan en busca del porvenir,
hojas que se lanzan de los árboles en otoño,
fuego que espanta al frío tras la lluvia,
ríos que corren hacia el océano.
Todo es una mudanza infinita.

Koji

18.

Dōro («Camino»)

Lunes 9 de febrero, 1959

Atravesamos los montes y pedregales, dejando a nuestras espaldas las áridas tierras de la frontera, recorriendo por todo el sur del país camino a nuestro próximo hogar: Baní. Fue la primera vez que veía paisajes distintos a los de la colonia agrícola de Aguas Negras y me encantó admirar el mar Caribe cuando se asomó pasado Azua, en una magnificente bahía cargada de azules, antes de llegar a nuestro destino. Mamá y mis hermanas dormitaban todo el camino.

—¿Sabías que dos terceras partes de esta media isla es tierra montañosa o coralina? —preguntó nuestro vecino mientras avanzábamos en los camiones de la Secretaría de Agricultura.

Lo escuché sorprendido. Si les hubiesen dicho eso antes de aceptar la oferta de emigración, de seguro que mis padres no se habrían animado a dar ese paso en una zona rocosa como Aguas Negras.

—Ahora lo entiendo. Por eso encontrar tierras para la agricultura no fue fácil; hay cañaverales y pastos ganaderos por doquier, pero son del gobierno —contó papá.

—Muchos decidieron regresar al Japón —comentó el vecino, continuando la conversación con un hilo de melancolía en la voz.

—Sí, los comprendo, aunque no creo sea lo que más nos

convenga en estos momentos. Tal vez dentro de algunos años se pueda regresar... pero todavía no —puntualizó papá.

¿Regresar? ¡Qué alegría! Eso sería fenomenal. Me sentía un tanto inseguro desde que habíamos llegado al país, pero de otro lado lleno de entusiasmo y esperanza de que el futuro siempre se puede imaginar distinto al presente. Aunque un nuevo traslado suele ser difícil de organizar, era preferible seguir buscando mejores condiciones de vida para tener ingresos que permitieran a nuestra familia alcanzar estabilidad y soñar, tal vez, con algún día poder visitar Japón, y quién sabe, hasta quedarnos allá con mejores circunstancias. Mientras tanto, la luz y el verdor del Caribe hacían más llevadero enfrentar los cambios...

Y también estaba el mar, esa línea verdeazul en el horizonte en la que podía disolverse cualquier rastro de temor. Me preguntaba qué estarían sintiendo mis hermanas, y por supuesto hubiese querido saber cómo le iba a mi amigo Koji, pero no me era posible saberlo... a menos que buscara la forma de comunicarme con él.

Miré por la ventana y vi pasar ante mis ojos el azul celeste más claro que jamás vi. Así fue durante la mayor parte del trayecto hasta que vislumbré la glorieta de un parque y el conductor del camión nos indicó con voz ronca:

—¡Bienvenidos a Baní!

Con las piernas entumecidas por tan largo viaje, me apeé junto a mis familiares para seguir nuestro periplo en busca de las tierras fértiles de las Antillas que, como había leído en los cuentos antiguos, en algún lugar después del arcoiris habrían de estar.



AVES DE PASO

De continente en continente
de región en región
de sabanas a deltas
y de plegaria a canción:
la de la humanidad siempre
ha sido una historia de migrantes.

Koji

20.

Sakidō («Recomenzar»)

Martes 19 de mayo, 1959

Baní, provincia Trujillo

Como hormiguitas. Como abejas. Como castores. Así nos esforzamos en nuestra nueva vida en Baní. Sin el subsidio que habíamos recibido de parte del gobierno, tras habernos marchado de Aguas Negras, no podíamos permitirnos perder ni un minuto. No fueron pocas las ocasiones en que desayuno, almuerzo y cena consistieron en mangos banilejos acompañados de jugo de caña o agua de coco.

Siempre que observaba a papá y a los demás agricultores entregados mañana y tarde al desarrollo de esas siembras de maní y maíz, no dejaba de maravillarme. Aunque en Baní la calidad de la tierra era superior a la de la frontera, una tierra negra y llena de minerales, se hacía necesario distribuir y limpiar el terreno antes de la siembra. Con cada nuevo imprevisto su energía parecía aumentar, igual que sus ganas de superarlos.

—¿De dónde sacas las fuerzas para esforzarte tanto cada día?
—me atreví a preguntarle un día.

Papá me acarició con la mirada.

—Si piensas en que tu esfuerzo dará resultado, verás las oportunidades. Si crees que no, verás los obstáculos. Elijo creer cada día que mi esfuerzo tendrá recompensa —pronunció, sin dejar de esparcir las semillas de lechosa que esperaba cosechar

el próximo año.

Me pareció que papá era un agricultor que se había hecho uno con la tierra sin importar de dónde fuera, que conversaba con ella y que la energía de vida contenida en los campos era necesaria para él mantener la suya propia.

Al cabo de un cuatrimestre, cuando cosechamos la primera producción, íbamos felices en los camiones hacia la capital, hasta cantando viejas canciones en nuestro idioma. Al llegar a la oficina de la Secretaría de Agricultura, nos recibieron para cerrar la venta:

—Es una gran cosecha. Le pagaremos el justo valor por el peso de estos sacos —prometió el funcionario de calva cabeza y enormes bigotes.

Al final de la transacción, el funcionario le pasó el cheque y papá agradeció sin demasiadas palabras. Sin embargo, a la salida del edificio, cuando caminábamos hacia el vehículo que nos había llevado, exclamó hacia el cielo:

—¡Es mucho más de lo que había imaginado!

Entonces evoqué todo el esfuerzo y sacrificio que habíamos invertido para llegar hasta ese momento, las despedidas y los momentos de cansancio... Así que decidí callar al ver los ojos de mi padre llenarse de lágrimas que rodaron sigilosamente por sus mejillas.

¡Lo habíamos logrado! En ese momento entendí que, más que mago, papá era una persona honesta que había decidido no darse por vencida. Esa era su verdadera magia. A partir de ese día me prometí a mí mismo seguir su ejemplo.



Que siempre cuentes contigo mismo
que te levantes tras cada tropiezo
que el sueño te reconforte
y que el alimento te fortalezca;
que no olvides los consejos sabios
cuando el reto te supere,
que encuentres cada día
un instante de belleza.
Que estas bendiciones se cumplan para ti.

Koji

21.

Kōun («Suerte»)

Viernes 22 de mayo, 1959

Como fichas de dominó en manos de un caribeño, los días pasaron rápidamente, trayendo novedades en nuestra comunidad. La visita oficial del embajador del Japón a Baní, para despedir a los que se iban a Suramérica o al Japón, era una especial ocasión.

—Mañana pasarán por el parque algunas de las familias antes de seguir su viaje de retorno —comentó mamá.

Decidimos preparar juntos algunos comestibles y obsequios de despedida, como muestra de solidaridad. Al día siguiente, mi hermana Himari ayudó a exprimir las naranjas para el jugo, mientras que Sakura espolvoré los dulces de coco que les entregamos para despedirlos. Mamá también preparó café y té y la ayudé a servirlo antes de que llegaran las familias migrantes. Al llegar el embajador de nuestro país, nos agradeció ese gesto de hermandad que habíamos tenido con nuestros conciudadanos.

—Hasta siempre, amigos —se despedían todos los japoneses adultos y sus familias. Entre reverencias y lágrimas por ambas partes, los autobuses se desvanecieron en la lejanía con los últimos inmigrantes que habían sido nuestros vecinos en Aguas Negras.

Tras recuperarnos un poco de la despedida de nuestros

amigos, caminábamos hacia nuestro hogar cuando vimos a nuestro intérprete, el Sr. Kawakami, haciéndonos señas para que fuéramos a la glorieta del parque. ¡Qué sorpresa me llevé al ver que en el correo que traía había un gran sobre para mí!

Al entregármelo, lo que recibí fue el segundo gran regalo desde mi llegada al Caribe. El primero había sido apreciar sus maravillosos atardeceres al caer días de una claridad tan intensa que juraría que el Sukahavati, la Tierra Pura, está aquí y ahora, sobre nuestras cabezas, y no en los botes que lanzamos al mar o al río cada año; el segundo regalo fue simplemente el más importante que alguien pudo haberme dado en ese tiempo.

—¿Qué es? —preguntó Sakura, acercándose para ver de qué se trataba. Juntos abrimos el sobre.

Un puñado de cartas se deslizó hacia mis manos como cometas en el firmamento. Giré la primera y distinguí la letra en el dorso del sobre: Para Hiroki. Era la caligrafía de mi amigo Koji. Además de varias cartas de parte suya, también distinguí otros sobres enviados por mis compañeros de curso. Conté decenas de cartas escritas en papel de colores. Inmensamente alegre, me senté con mis hermanas y las leímos durante toda la tarde.

A partir de entonces comprendí que, aunque los verdaderos amigos no estén cerca físicamente, en el centro de nuestros corazones siempre habrá un lugar para ellos y para contar mil estrellas fugaces con la esperanza de algún futuro reencuentro lleno de emociones.

Fin

終わり

Owari

EPÍLOGO

Entre los años 1956 y el 1959, unos 1,319 japoneses emigraron al Caribe como respuesta de su gobierno ante una oferta de tierra fértil para cada familia en la República Dominicana. El gobierno dominicano ejecutaba una política migratoria de acogida a las comunidades judías, españolas, japonesas, entre otras.

Hoy en día la comunidad japonesa en la República Dominicana es parte importante de la economía, la sociedad y la cultura, aportando con sus tradiciones y legado muchos beneficios sociales y económicos al país y a toda la región del Caribe. Esta obra pretende honrar su invaluable esfuerzo.

Fuente consultada:

1. “Hoy día todavía nos encontramos vivos aquí”. El Paraíso del Caribe, Medio Siglo de alegría y tristeza. Comité Ejecutivo de la Conmemoración del Cincuentenario de la Inmigración de los japoneses al país dominicano. Impresora Universal, La Vega, República Dominicana. 2006.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

1. *Juan José y el videojuego*, [Cuento infantil-fantasia]. Santo Domingo: Santillana/Loqueleo; 2010.

2. *Volver al Inicio: Cronología de la vitis vinífera en la Hispaniola*, [Ensayo histórico]. Santo Domingo: Ocoabay Viñedos; 2013.

3. *Emma, el pequeño huracán*, [Cuento infantil]. Santo Domingo: Santillana/Loqueleo; 2014.

4. *Billini Hotel: Un Pilar histórico de la Pedagogía del Nuevo Mundo*, [Ensayo histórico]. Santo Domingo: Reina Santo/Billini Hotel; 2014.

5. *Abrazos del Sur: Ensayos, cuento y poesía*, [Poesía]. San Juan, Puerto Rico-Santo Domingo: Fundación El Sur Visita el Sur; 2015. Tres poemas, (páginas 92-96), de 274 págs. (Antología editada por Fundación El Sur Visita al Sur de Puerto Rico y el Ministerio de Cultura de la República Dominicana).

6. *Nela, la revoltosa* [Novela juvenil-ficción histórica]. Santo Domingo: SM Dominicana; 2016. 8vo Premio Dominicano El Barco de Vapor 2016, SM Dominicana.

7. *Un peligro en las redes*, [Cuento infantil]. Santo Domingo: SM Dominicana en alianza con USAID y UNIBE; saga La Liga de la Esperanza, 2018.

8. *Dominicanas fuera de serie: +150 mujeres que transformaron la R.D.* [Biografía infantil]. Santo Domingo: Auspiciado por Banreservas, Grupo SID, Fundación Propagas, Fundación Grupo Puntacana, Fundación Blandino; 2018. Premio Anual de Literatura infantil Aurora Tavárez Belliard 2020.

9. *Redes de LIJ: Espacios para soñar y pensar en la República Dominicana*, [Ensayo]. Madrid: Anuario Iberoamericano sobre el Libro Infantil

y Juvenil-Literatura de la Fundación SM, España; 2019. Págs. 369-397, de 425.

10 - 14. *El país de las niñas soñadoras* [saga cuentos infantiles]. Santo Domingo: tetralogía sobre temas S.T.E.M. comisionada por el Banco BHD-León para el Proyecto Aurora; 2020.

Libro 1, *Una inesperada expedición* (Ciencias)

Libro 2, *La encantadora de números* (Tecnología)

Libro 3, *Volando en el recreo* (Ingeniería)

Libro 4, *Universo numérico* (Matemáticas)

15. *Todo por un like* [Cuento infantil]. Santo Domingo: SM Dominicana en alianza con USAID y UNIBE; saga La Liga de la Esperanza, 2021.

16. «*Con E de Esperanza. LIJ dominicana durante una pandemia*» [Ensayo]. Madrid: Anuario Iberoamericano sobre el Libro Infantil y Juvenil-Literatura de la Fundación SM, España; 2021.

17 - 20. *Tetralogía de cuentos infantiles animados* [Audiolibros] comisionada por ALACTA PLUS; 2021.

Libro 1, *La manta amarilla*

Libro 2, *El pequeño gran salto*

Libro 3, *El milagro de la amistad*

Libro 4, *Juego matemático*

21. *Mil estrellas fugaces*, 2021. [Novela infantil-ficción histórica]. Santo Domingo, R.D. a beneficio de la Fundación *Té reto a leer*.

22. *Guerra de tías* [Cuento infantil-fantasia]. (A publicarse en el 2022).

SINOPSIS

Unos años después de la guerra, el padre de Hiroki decide embarcar a toda la familia hacia una nueva vida que promete progreso y bienestar... aunque eso significará que el niño tendrá que despedirse de su vecindario, su cultura en Japón y su mejor amigo, Koji, porque su nuevo hogar queda ¡en el Caribe, a medio mundo de distancia!

Esta es una historia sobre el valor de la amistad, de las familias migrantes y el poder de las palabras, pero sobre todo es una invitación a la esperanza y la valentía de continuar hacia adelante frente a las dificultades.

Te Reto a Leer

ISBN: 978-9945-80-808-7

